**Diócesis pobre y para los pobres**

Aporte a la 9ª Asamblea Diocesana Post-sinodal, 26 de febrero de 2014

A

yer trabajamos con la síntesis de la realidad diocesana, tanto en lo social como en lo eclesial. Pusimos atención especial a las problemáticas nuevas que desafían a la Diócesis y a lo que estamos haciendo y lo que hemos dejado de hacer para evangelizar.

Una de esas problemáticas es el crecimiento de la pobreza, de la que se señalaron signos y rostros concretos. Unos signos son el desempleo generalizado, los bajos salarios y el alza de los precios, el aumento de los pepenadores, la angustia por no tener para lo básico, no contar con un patrimonio propio; aparecieron rostros de ancianos, jóvenes en adicciones, madres solas en la lucha por la vida, migrantes, enfermos…

Nuestra misión como Iglesia diocesana es evangelizar. Somos responsables de colaborar a la construcción del Reino de Diosen el Sur de Jalisco. “La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca […] entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre” (EG 181), entre el Evangelio y la pobreza.

A este propósito, el Papa Francisco, tres días antes de iniciar su servicio como sucesor de Pedro, ante los representantes de los Medios de Comunicación expresó: “¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!”. Este ideal, retomado en EG 198, presenta dos dimensiones de la Iglesia y, por tanto, de nuestra Diócesis: una subjetiva y otra objetiva.

# **La dimensión subjetiva: una Diócesis pobre**

La dimensión subjetiva la entiendo en el sentido de que los miembros de la Iglesia estamos llamados a vivir en la pobreza, de manera personal y como Iglesia diocesana. Bautizados pobres y Diócesis pobre. Por nuestra situación material ya lo somos, según lo que trabajamos ayer.

En su Mensaje para la Cuaresma de este año, el Papa aclara que el pobre no es sólo el que carece de bienes materiales. El pobre también vive con esperanza, con la confianza en Dios, obedeciendo a sus mandamientos. El ejemplo lo tenemos en Jesús, y Pablo nos invita a hacer lo mismo: “se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres […] se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (*Flp* 2, 7-8). Se abajó hasta lo último: siendo Dios se hizo hombre; nació, creció y vivió pobre, y murió.

“La finalidad de Jesús al hacerse pobre no es la pobreza en sí misma, sino […] «...*enriquecernos con su pobreza*». [Esta] es una síntesis de la lógica de Dios, la lógica del amor, la lógica de la Encarnación y la Cruz”(Mensaje de Cuaresma). Es el camino por el que Dios quiso salvarnos. Jesús se acercó a nosotros, nos tocó, padeció nuestras debilidades, nos consoló, nos rehízo por su sangre derramada en la Cruz.

Y Jesús no solamente vivió pobre, sino que quiso encarnarse en los pobres para estar siempre presente entre sus discípulos. “La Palabra de Dios enseña que en el hermano [pobre] está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros” (EG 179), para que hagamos lo mismo que Jesús. También debemos empobrecernos para enriquecer y, de este modo, colaborar en la salvación, proyecto de Dios que continúa hoy y permanecerá siempre.

Por estar unidos a Jesús desde el Bautismo, cada miembro de esta Diócesis –Obispo, sacerdotes, diáconos y aspirantes a diáconos, consagrados y consagradas, laicos y laicas– y la Diócesis como tal, tenemos el compromiso de vivir pobres, de caminar en la misión con la confianza puesta en Dios, de obrar con la esperanza de una vida digna para todos, de obedecer sus mandamientos. Esto implica hacer el proceso de conversión para ser pobres.

# **La dimensión objetiva: una Diócesis para los pobres**

La dimensión objetiva la entiendo no en el sentido de que veamos y tratemos a los pobres como cosas que están ahí –aunque la sociedad así los considere, y los excluya y deseche–, objetos frente a los cuales pasamos de largo sin inmutarnos y sin ser interpelados.

Al hablar de los pobres como objeto, hay que entender son los destinatarios privilegiados de la misión de la Iglesia, dado que el servicio de la Iglesia, como el de Jesús, es para el bien integral de los pobres: para servirlos, para llevarles el Evangelio, para enriquecerlos con la vida digna que brota de Dios, para convertirlos en sujetos de la misión, para propiciar que sean protagonistas en la sociedad y en la evangelización.

Los pobres ya están por todo el territorio diocesano, sus gemidos y clamores se escuchan cada día más fuerte por lo caro de la vida, por las enfermedades, por no tener para el día, por muchas otras razones. “El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno” (EG 193), como se le removieron a Jesús al ver la multitud como ovejas sin pastor (cf. *Mc* 6, 34).

“A imitación de nuestro Maestro, los cristianos estamos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a tocarlas, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas”, dice Francisco en su Mensaje para la Cuaresma. Una razón es que son presencia real de Jesús (*Mt* 25, 40. 45), otra es que Dios los eligió “para hacerlos ricos en la fe y herederos de su Reino” (*St* 2,5), otra es que Jesús vino para evangelizarlos (cf. *Lc* 4, 18-19).

Para nosotros hoy “es indispensable […] estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos: los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados, etc. Los migrantes […] ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado […] mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia […] los niños por nacer” (EG 210-213). Somos instrumentos para su liberación y promoción, para su integración plena en la sociedad (cf. EG 187) y la Iglesia. En el diagnóstico de la realidad se señalaron algunos signos de la atención que la Diócesis les está brindando; son pocos y pequeños, pero con esperanza.

Hay otra ganancia en el servicio a los pobres, destinatarios privilegiados del Evangelio (cf. EG 48): “Ellos tienen mucho que enseñarnos” (EG 198). Nos evangelizan por su alto valor, por su confianza en Dios, por su religiosidad, por su sentido de la fe, por su alegría y solidaridad.

Todo esto implica hacer el proceso de conversión. “Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social: «La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son requeridos a todos»” (EG 201). De esto depende, en gran medida, nuestra salvación.

“Necesitamos la *conversión en relación a los pobres*”, como manifiesta el Papa en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud 2014, dado que la misión es imposible sin las dimensiones subjetiva y objetiva, es decir, sin vivir la pobreza y sin vivir para los pobres. “Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres” (EG 48).

Esta Asamblea, iluminada por *La alegría del Evangelio*, regresa a las parroquias de la Diócesis, a sus barrios, colonias y ranchos, para continuar con la misión. Nos vamos con la conciencia de que “todos los cristianos, [estamos] llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo»” (EG 198); por lo tanto, somos enviados a vivir alegremente la primacía de la opción por los pobres, asumiendo la pobreza personalmente y como Diócesis, y poniendo en el centro de la evangelización a los pobres. “Nunca los dejemos solos” (EG 48). jlgj